

Algunos, para salvar a Israel, no empuñaban la espada ni salían al campo, sino que trataron, con predicaciones y escritos, de enardecer el celo de sus correligionarios y conservar sus esperanzas. Un libro ejerció en este sentido gran influencia y conquistó un lugar en la lista de las obras sagradas, que ya se creía cerrada definitivamente.

De entre los nombres míticos de antiguos sabios que conservaron la superioridad israelita viviendo entre paganos, brillaba en primera línea el de Daniel. Ningún hombre había penetrado de forma tan profunda en las miras de Dios. Un escritor piadoso le resucitó para consolar al pueblo de su angustia y hacer resplandecer ante sus ojos las claridades del porvenir.

Se creyó que, sacado de Judea en la infancia, durante la cautividad de Joiakin, fue criado con tres compañeros para servir en la corte de Nabucodonosor. Los cuatro jóvenes, en aquel mundo perverso, demostraron una sabiduría asombrosa para no violar la ley, no comer alimentos prohibidos, ni participar de los sacrificios paganos. Arrojadados a un horno por no haber querido ejecutar un acto de idolatría, el fuego no les tocó: se pasearon por entre las llamas e improvisaron oraciones y cánticos. La astucia del joven Daniel era prodigiosa. Fue el único que supo descifrar un sueño de Nabucodonosor, y se le colocó a la cabeza de los adivinos de Babilonia. Otra vez, reinando Darío el Medo, fue arrojado Daniel en la cueva de unos leones, que no le hicieron daño alguno, y Darío mandó que en todo su imperio se adorase al dios de los judíos.

Cuando habla de Nabucodonosor, el autor del libro de Daniel encuentra base en los antiguos libros hebreos, pero no tiene una idea clara del final del imperio de Asiria y de la época persa. Tampoco le importa mucho, pues no busca en ello más que pretextos para alusiones. A Nabucodonosor sucede Baltasar, personaje imaginario al que se le antoja dar un banquete con los vasos sagrados del templo de Jerusalén (una de las fechorías de Antíoco). Aparecen palabras caldeas y misteriosas en la pared, y aquella misma noche es muerto Baltasar, y le sucede Darío el Medo, hijo de Jerjes (I), cuyo sucesor fue Ciro el persa. El autor no conoce más que cuatro reyes de Persia: Ciro, Darío, hijo de Histarnes, Jerjes y Darío Codomano. Sólo conoce detalladamente la historia de los cin-

cuenta años últimos, desde Antíoco el Grande. En todo lo demás este libro de ignorancias históricas es la *agada* judía llevada al colmo.

La teoría histórica de Daniel se basa en el sueño de Nabucodonosor. El rey soñó con una estatua colosal, cuya cabeza era de oro, el pecho y brazos de plata, el vientre y las caderas de cobre, los muslos de hierro, los pies parte de hierro y parte de arcilla. Una piedra arrojada sin intervención humana, da en la estatua y la rompe. La piedra se transforma en una montaña que llena la tierra. Aquellos cuatro metales son cuatro imperios: el asirio, el medo-persa, el de Alejandro y el de los seléucidas, como lo habían hecho los Antíocos. La piedra, instrumento sobrenatural de la ruina del imperio es la rebelión judía, destinada a cambiar el mundo. No habrá ya otro imperio grande como aquellos cuatro, porque el reino judío será eterno y no le substituirá ninguno.

Por varias visiones se aclara el pensamiento del autor. Representan a los cuatro imperios del sueño, primeramente cuatro bestias que salen del mar, un león con las alas de águila, un oso, una pantera, un animal terrible con dientes de hierro y diez cuernos, en medio de los cuales se levanta otro cuerno que blasfema (Antíoco), quien intenta cambiar la religión, hace guerra a los santos y los vence, hasta que llegue el momento solemne de dar el imperio a éstos. Prepárase este gran acto providencial. Se disponen sillas y un anciano se sienta en medio de torrentes de luz. El tribunal se coloca y se abren los libros. Mátase al animal de diez cuernos y se echa el cadáver al fuego. Entonces surge en el cielo un ser sobrenatural análogo a un «Hijo del Hombre», es decir, un hombre a quien se lleva ante el anciano. Se le da el imperio eterno, para que todos le sirvan, imperio sin vicisitudes que nunca acabará.

Se ignora cuándo ha de llegar el gran día del juicio divino, pero aunque enigmática, su combinación numérica parece indicar tres años y medio, un término muy cercano.

Ese imperio eterno es el imperio judío, el de los santos, o si se quiere, el del Mesías, representante eterno del reino judío triunfante. La expresión «Hijo del Hombre», se comprendió mal y llegó a ser similar al de Mesías, por lo cual más adelante Jesús se llamó a sí mismo «Hijo del Hombre».

De otras visiones igualmente simbólicas y dirigidas al mismo fin se compone este libro extraño, mezcla rara de sublimidad y de sandez, producto al mismo tiempo de un gran rebajamiento intelectual y del mayor movimiento moral conocido. El libro de Daniel es el mejor ejemplo del equilibrio que existe en la historia de la humanidad entre la inteligencia y la moral. Comparado con el de Isaías, es una obra de absoluta decadencia literaria. El lenguaje es detestable, prolijo, incorrecto, muchas veces intraducible, y a pesar de todo el pensamiento judío verifica en estas páginas mal escritas el progreso más extraordinario, y pasa de su primera fase, sencillamente monoteísta a su edad mesiánica, en la cual ha conquistado a la humanidad prometiéndole esperanzas infinitas. Todo nace en el mundo de la podredumbre, y la decadencia de una cosa es el nacimiento de otra.

El éxito del libro fue grande e inmediato. La afición de moda en los países griegos, en Egipto y entre los orientales, era la de los enigmas si-

bilinos sobre los hechos políticos de actualidad. Gustaban, de estos pequeños jeroglíficos y había afán por descifrarlos. Los oráculos presentados de tal modo tenían una gran publicidad, circulaban prontamente e incluso se vendían. Entre los judíos, el espíritu de secta era un excelente vehículo para estos libros secretos, que se transmitían bajo cuerda. Así se extendió el libro de Daniel. Traducciones arameas y griegas lo pusieron inmediatamente al alcance de toda clase de lectores. Todos aquellos a quienes la imaginación o las opiniones llevaban hacia las creencias mesiánicas lo leyeron con frecuencia. La misma sinagoga ortodoxa lo recibió entre los escritos sagrados, sin introducirlo en el volumen de los profetas. Jesús debió de leer mucho este libro, así como el de Henoch, y sacar de él sus ideas, sus expresiones fundamentales y especialmente la palabra «Hijo del Hombre». Los primeros cristianos se nutrieron de él y hallaron en sus páginas argumentos en favor de la mesianidad de Jesús.

Por ese libro extraño se abre toda una literatura que duró unos cuatrocientos años y sirvió para la expresión del pensamiento judío y cristiano durante su período tormentoso. El llamado Apocalipsis de San Juan no es más que un plagio del libro de Daniel. Lo mismo sucede con los apocalipsis de Baruch y Esdras. La esencia del género es el pseudónimo, o si se quiere, el apocrifismo. El apocaliptismo es el profetismo de una edad en que no se creía que pudieran surgir nuevos profetas. El hombre apasionado que tenía algo que decir, no podía tomar más que un partido; cubrirse con la autoridad de un profeta o sabio antiguo para que oyeran sus contemporáneos lo que en sus labios habría parecido poco autorizado. Tal era la falta de crítica, que pronto se adoptaba el libro, y como respondía a las necesidades de los tiempos, hacía más efecto y se leía más ávidamente que los escritos antiguos, de forma más hermosa, pero de más difícil comprensión y mucho más ajenos a las preocupaciones de actualidad.

Al compararlo con los antiguos libros bíblicos, vemos que el Daniel es como la expresión de un judaísmo nuevo más parecido a las obras proto-cristianas que a la antigua literatura hebraica. El antiguo judaísmo no contiene ni la vida eterna, ni la resurrección. El reino de Dios, el mesianismo, el juicio final nunca revisten en él forma concreta. En el libro de Daniel está todo preparado de manera conveniente para la creencia de la humanidad. La eternidad entra poco en las ideas judías. Más adelante los autores de apocalipsis limitaron la duración del reino mesiánico: mil años en el Apocalipsis de Juan, cuatrocientos en el de Esdras. El autor de Daniel no se cuidó de tal cosa. Se detiene en la victoria de los santos y considera el estado alcanzado por la humanidad en aquel momento como definitivo.

A partir de Daniel hasta San Pablo y los Evangelios, la teoría del Mesías se completará añadiéndosele elementos esenciales. La palabra *Mesías* no se encuentra en Daniel. La singular expresión de «Hijo del Hombre» no tiene aún su sentido místico. Lo propio del libro de Daniel es el Hombre vestido de lino, el gran ángel revelador de los capítulos X, XI y XII. El monoteísmo se doblega y pierde su anterior rigidez. Una especie de politeísmo o mitología, compuesta de ángeles y de hipostasis divinas, ganaba terreno. Tomaban consistencia personajes sobrenaturales,

que no son Dios. Más adelante se llamarán el Hijo, el Verbo, Cristo, pero habrán de pasar varios siglos antes de que se les iguale con el Padre. Éste reina por mucho tiempo. El Hijo no le suplantaré hasta que haya vencido Jesús por completo.

El libro de Daniel es auténticamente el germen del cristianismo; el *vitellus* con que empieza a alimentarse. Señala el límite entre ambos Testamentos. En él la esperanza invencible se convierte en resurrección: el ideal del porvenir, en mesianismo. La angelología adquiere también desarrollo extraordinario. Los profetas antiguos utilizaban poco el mecanismo de los ángeles para la preparación de sus visiones: en cambio los apocalipsis los usan como rueda principal. El libro de Daniel es preludio de la angelología y de la demonología exuberante que imprimen a los escritos evangélicos su defecto más desagradable para los espíritus cultos.

La humanidad es de tal modo que los diversos elementos que la componen viven como enemigos entre sí. Cuando una parte se eleva, desciende otra. Un pueblo moral casi es contrario a la ciencia. La moralidad del pueblo exige a la razón enormes sacrificios. Los progresos de la razón perjudican a la moralidad de las masas que se gobiernan por el instinto. El pueblo judío trabajaba en una obra moral y no en una obra intelectual. No se debe apreciar su literatura según las reglas del buen gusto y del sentido común. Lo absurdo del detalle no ha de esconder la magnitud de la obra. Lo más notable es que las predicciones más próximas de Daniel se cumplieran antes de lo que creía el autor. Antes de que transcurrieran los tres años y medio, las dos mil trescientas noches-mañanas, o los mil doscientos noventa días, se apoderaron otra vez del templo los hombres piadosos, y fue arrojado el ídolo abominable a los basureros de Jerusalén. El autor del libro de Daniel estuvo indudablemente con los que dieron el asalto: gusta uno de creer que formaba parte del séquito íntimo de los Macabeos.